XI

Dos horas después de esta escena el falso conde recibió del verdadero una carta cerrada con el sello de Octavio de Saville. El desgraciado desposeído no tenía otro a su disposición. Esto prodújole un efecto extraño al usurpador de la identidad de Olavo Labinski, pues iba a romper el sobre de una misiva sellada con sus propias armas; pero todo debía ser singular en su extraña situación.

La carta contenía las siguientes líneas, escritas como por una mano violenta que hubiese querido falsificar la letra, porque Olavo no tenía aún el hábito de escribir con los dedos de Octavio:

«Cualquiera otro que no fueseis vos creería, al leer esta carta, que había sido escrita en una casa de locos; pero vos me comprenderéis. Un extraño conjunto de circunstancias que nunca se habían reunido desde que la tierra rueda alrededor del sol, me obliga a hacer una cosa que ningún otro hom-

bre ha hecho. Me escribo a mí mismo y pongo en el sobre un nombre que es el mío, un nombre que me habéis robado con mi persona. De qué maquinaciones tenebrosas soy víctima, en qué círculo de ilusiones infernales he puesto el pie, lo ignoro; pero vos, sin duda alguna, lo sabéis. Ese secreto, si no sois un cobarde, os lo pedirá el cañón de una pistola o la punta de un florete en el terreno en donde todos los hombres honrados o infames contestan a las preguntas que se les hacen. Yo necesito que mañana deje de ver la luz del sol uno de entrambos. El mundo, por grande que os parezca, es muy pequeño para nosotros dos. Mataré mi cuerpo habitado por vuestro espíritu impostor, o mataréis el vuestro, donde mi alma se indigna de vivir aprisionada.

»No tratéis de hacerme pasar por loco, porque yo tendré muy buen cuidado de conservar el cabal juicio, y allí donde os encuentre os insultaré con la delicadeza de un caballero y con la sangre fría de un diplomático. La presencia del conde Olavo Labinski podrá disgustarle a Octavio de Saville y esquivarla, pero yo sabré encontrarle todos los días a la salida de la Opera.

»Espero que mis palabras, aunque algo obscuras, no tendrán ninguna ambigüedad para vos y que mis testigos se entenderán perfectamente con los vuestros para señalar el lugar, la hora y las condiciones del duelo.»

Esta carta prodújole a Octavio una gran perplejidad. No podía rehusar el desafío del conde, y, sin embargo, le repugnaba el tener que batirse con él mismo, porque conservaba cierto cariño hacia su antiguo cuerpo. El temor de verse obligado a aceptar el combate por un ultraje escandaloso, le hizo decidir en favor de la admisión. Aunque realmente podía arreglarlo de manera que tuviese que ponerle a su adversario la camisa de fuerza de los locos y detener su brazo, el medio era muy violento y repugnaba a su delicadeza. Si arrastrado por una pasión invencible había cometido un acto digno de castigo y ocultado al amante bajo el disfraz del esposo, para triunfar de una virtud que se hallaba por encima de todas las seducciones, no por ello era un hombre sin honra ni valor. Aquella medida extrema no la había tomado sino después de tres años de luchas y de sufrimientos y en el momento en que su vida, consumida por el amor, se hallaba próxima a desaparecer. No conocía al conde; no tenía ninguna amistad con él; no le debía nada, y por lo tanto se había aprovechado del atrevido medio que le ofrecía el doctor Baltasar Cherbonneau.

¿De qué testigos iba a servirse? De los amigos del conde; pero Octavio en un solo día que habitaba la casa de éste no había tenido tiempo para conocer a ninguno de ellos.

Sobre la mesa había dos copas de cristal verde, con asas de oro en figura de dragones. La una contenía sortijas, alfileres, sellos y algunas otras alhajas pequeñas; la otra tarjetas de visita en las que,

bajo coronas de marqués, de duque o de conde, se hallaban escritos por hábiles grabadores y en letra gótica, redondilla o inglesa, gran número de nombres polacos, rusos, húngaros, alemanes, italianos y españoles que atestiguaban los continuos viajes del conde y los muchos amigos que tenía en todos los países.

Octavio tomó dos al azar: el conde Zamoiecki y el marqués de Sepúlveda. Mandó que le preparasen el carruaje y se fué a verlos. Encontró a los dos y ni el uno ni el otro se mostaron sorprendidos por el encargo de aquel a quien consideraban como el verdadero conde Olavo Labinski. Libres completamente de la sensibilidad de que dan muestras los testigos de la clase media, no preguntaron si el asunto era susceptible de un arreglo y guardaron, como verdaderos caballeros, un silencio de buen tono acerca del origen de la cuestión.

Por su parte el legítimo conde, o si se quiere el falso Octavio, se encontraba con las mismas dificultades; se acordó de Alfredo Humbert y de Gustavo Raimbaud, a cuyo almuerzo se había negado a asistir, y se decidió a llamarles como testigos de su duelo. Ambos se mostraron muy sorprendidos al ver mezclado en un desafío a su amigo, el cual hacía un año que apenas había salido de su casa y de quien conocían el carácter más bien pacífico que batallador. Sin embargo, como les dijo que se trataba de un combate a muerte y por un motivo

que no debía revelarse, no hicieron ninguna objeción y se dirigieron al palacio Labinski.

Las condiciones quedaron muy pronto pactadas: una moneda de oro arrojada al aire decidió las armas, después de haber declarado los testigos que lo mismo tenía el servirse de la pistola que del florete. A las seis de la mañana debían estar en la avenida de los Postes del bosque de Bolonia, junto a la cubierta de cabaña que sostienen algunos pilares rústicos. Aquel sitio, libre de árboles y enarenado, presentaba excelentes condiciones para el duelo.

Cuando todo quedó arreglado era ya cerca de media noche y Octavio se dirigió al cuarto de Prascovia. El cerrojo estaba corrido como la noche anterior y la voz burlona de la condesa le dirigió a través de la puerta la siguiente broma:

—Volved cuando sepáis el polaco, pues soy demasiado patriota para recibir a un extranjero en mi cuarto.

Por la mañana, el doctor Cherbonneau, a quien Octavio había anunciado lo ocurrido, se presentó en el palacio Labinski con gran número de instrumentos de cirugía y un paquete de vendas. Subieron en un carruaje y MM. Zamoieczi y Sepúlveda en una berlina.

—¿Conque la aventura, mi querido Octavio, va tomando un carácter trágico? De haberlo sabido habría dejado dormir al conde ocho días en un diván de mi casa. Algunas veces he prolongado más

tiempo los sueños magnéticos. A pesar de haber estudiado con la atención posible la verdadera sabiduría de los brahmas, los pandistas y los sannyasis de la India, siempre se le olvida a uno algo. ¿Cómo ha recibido la condesa Prascovia a su amante de Florencia disfrazado de esta suerte?

—Creo que me ha reconocido a pesar de mi metamorfosis—respondió Octavio—, o bien que el ángel de su guarda le ha dicho al oído que no se fiase de mí: la he encontrado tan casta, tan fría y tan pura como la nieve del polo. Bien os dije que no había remedio para mí, pues en la actualidad soy más desgraciado que cuando me hicisteis vuestra primera visita.

—¿Quién sería capaz de señalarles un límite a las facultades del alma—dijo el doctor Baltasar Cherbonneau con aire pensativo—, sobre todo cuando no la preocupa ningún pensamiento terrestre, ni la ha manchado el barro humano y se mantiene tal cual salió de las manos del Creador a la luz, a la contemplación y al amor? Sí, tenéis razón, os ha reconocido; angélico pudor ha temblado bajo el influjo de la mirada del deseo y por instinto se ha cubierto con sus blancas alas. ¡Os compadezco, querido Octavio, porque vuestro mal es, en efecto, irremediable! Si viviésemos en los tiempos de la Edad Media, os diría: Entrad en un convento.

—Lo he pensado muchas veces—contestó Octavio.

Habían llegado al sitio del combate. El carruaje del falso Octavio estaba ya en el sitio designado.

El bosque presentaba a estas horas de la mañana un aspecto verdaderamente pintoresco, que la moda le hacía perder durante el día: era ese tiempo del verano en que la luz aun no ha conseguido obscurecer el color del follaje; unas tintas frescas, transparentes, lavadas por el rocío de la noche, cubrían los macizos. Se aspiraba en todas partes el perfume de la tierna vegetación. Los árboles en aquel punto son bellísimos, bien porque hayan encontrado un terreno favorable o ya también porque son los únicos que quedan de una antigua plantación. Sus vigorosos troncos, cubiertos de musgo o satinados por una capa de plata, se agarran al suelo por medio de sus nudosas raíces y levantan al cielo su fantástico ramaje, que podría servir de modelo a los estudios de los pintores y decoradores que van muy lejos a buscar cosas mucho menos notables. Algunos pájaros a quienes los ruidos del día hacen callar, trinaban alegres en la hojarasca. Una liebre atravesó en tres saltos la arena del andén y fué a ocultarse en la hierba, asustada por el ruido de los carruajes.

Esta poesía de la naturaleza, sorprendida al despuntar el día, preocupaba muy poco a los adversarios y sus testigos, como se puede imaginar.

La presencia del doctor Cherbonneau produjo una impresión desagradable en el conde Olavo Labinski; pero supo contenerse en seguida.

Se midieron las espadas y señaláronseles sus respectivos sitios a los combatientes, los cuales, después de haberse quitado la levita, se pusieron en guardia el uno frente al otro.

Los testigos gritaron: «En guardia».

En todos los duelos, cualquiera que sea el ensañamiento de los contrarios, hay un momento de inmovilidad solemne; cada combatiente estudia a su enemigo en silencio y combina su plan meditando el ataque y preparándose a la defensa; después las espadas se buscan, se encuentran y se agarran fuertemente, por decirlo así; esto dura algunos segundos, que parecen minutos y hasta horas, según la ansiedad de los asistentes.

En el caso presente las condiciones del duelo, por más que pareciesen ordinarias a los ojos de los espectadores, eran tan extrañas para los combatientes que permanecieron en guardia más tiempo que de costumbre. Efectivamente, cada una tenía delante de él su propio cuerpo y debía hundir el acero en una carne que le pertenecía aún el día anterior.

La lucha tenía cierto carácter de suicidio no previsto, y aunque valientes los dos, Octavio y el conde experimentaban un horror instintivo al encontrarse con la espada en la mano, enfrente de sus propios cuerpos y dispuestos a herirse a sí mismos.

Los testigos, impacientes, iban a hacer de nuevo la señal, cuando los dos aceros se estrecharon.

Los primeros ataques fueron prontamente parados por una y otra parte.

El conde tiraba perfectamente, gracias a su educación militar, durante la cual había abollado más de una vez, el peto de los maestros más célebres; pero si aun era poseedor de la teoría, le faltaba ya aquel brazo nervioso acostumbrado a perseguir a los guerreros mouridas de Schamyl; era el débil puño de Octavio quien sostenía entonces la espada.

Por el contrario, Octavio en el cuerpo del conde encontraba un vigor desconocido, y aunque menos conocedor de la esgrima sabía, sin embargo, separar de su pecho el hierro pronto a herirle.

Olavo se esforzaba inútilmente en buscar a su contrario dirigiéndole atrevidas estocadas. Octavio, más frío y más firme, mataba todas sus esperanzas.

La cólera empezó a hacer presa en el conde, el cual tiraba cada vez más nerviosa y desordenadamente. Aun a cambio de quedar convertido para siempre en Octavio de Saville, quería matar aquel cuerpo impostor que podía engañar a Prascovia. Esta sola idea hacía que se apoderase de él una inexplicable rabia.

Corriendo el riesgo de que su contrario le pasase de parte a parte, intentó un golpe derecho para llegar, a través de su propio cuerpo, al alma y a la vida de su rival; pero la espada de Octavio se enlazó a la suya con un movimiento tan rápido, tan seco y tan irresistible, que le arrancó el acero de la mano,

y dando una vuelta en el aire fué a caer a algunos pasos de distancia.

La vida de Olavo estaba en manos de Octavio; no tenía más que irse a fondo para pasarle de parte a parte. El rostro del conde se crispó, no porque tuviese miedo a la muerte, sino porque pensaba en que iba a dejar a su mujer en manos de aquel ladrón de cuerpos a quien ya nadie podía desenmascarar.

Octavio, lejos de aprovecharse de su ventaja, arrojó su espada, y haciéndoles una señal a los testigos para que no interviniesen, se dirigió al conde, estupefacto, a quien cogió del brazo, y se lo llevó a la espesura del bosque.

—¿Qué queréis—dijo el conde—. ¿Por qué no me matáis cuando podéis hacerlo? ¿Por qué si os repugna matar a un hombre desarmado, no me habéis dejado empuñar la espada para continuar el combate? Demasiado sabéis que el sol no puede proyectar en adelante nuestras dos sombras en la arena, y que se necesita que la tierra sepulte a uno de los dos.

—Escuchadme con calma—respondió Octavio—. Vuestra felicidad se encuentra en mis manos. Yo puedo guardar para siempre este cuerpo que habito en la actualidad y del que vos sois el legítimo poseedor. Me complazco en reconocerlo ahora que no hay más testigos delante de nosotros que los pájaros, los cuales, aunque nos oigan, no han de ir a decirlo; si continuásemos el duelo, os mataría.

El conde Olavo Labinski, a quien represento todo lo menos mal que puedo, conoce la esgrima mejor que Octavio de Saville, de quien tenéis la figura, y al cual tendría que matar con no poco sentimiento de mi parte. Esta suerte, aunque no fuese real, porque mi espíritu viviría encarnado en otro cuerpo, desolaría a mi madre.

El conde, reconociendo la verdad de estas observaciones, guardó un silencio que se parecía mucho a una especie de aquiescencia.

—Nunca—continuó Octavio—conseguiríais apoderaros nuevamente de vuestro cuerpo si yo me opusiese a ello, y bien podéis comprenderlo así en vista del éxito de vuestros dos ensayos. Cualquiera otra tentativa daría lugar a que se os considerase como un monomaníaco; nadie creería una sola palabra de cuanto dijeseis, y aun cuando pretendieseis ser el conde Olavo Labinski, todos se os reirían en las barbas como habéis tenido ya ocasión de observar. Se os encerraría en un manicomio y pasaríais el resto de vuestra existencia afirmando bajo las *duchas* que erais, efectivamente, el esposo de la bella condesa Prascovia Labinska. Las almas compasivas dirían al veros: «¡Pobre Octavio!», y seríais como el Chabert, de Balzac, que quería probar que no se había muerto.

Todo esto era tan matemáticamente cierto, que el conde, abatido, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Supuesto que momentáneamente sois Octa-

vio de Saville, habréis registrado su escribanía y hojeado sus papeles, con lo cual sabréis que desde hace tres años alimenta un amor inmenso y sin esperanza hacia Prascovia Labinska; que en vano ha intentado arrancárselo de su corazón, y que no se irá sino con su vida, si es que no le sigue también hasta la tumba.

—Lo sé—dijo el conde, mordiéndose los labios.

—Pues bien: para apoderarme de ella he empleado un medio horrible, espantoso, y que sólo una pasión delirante podía atreverse a probar; el doctor Cherbonneau ha intentado en favor mío una prueba capaz de asombrar a los taumaturgos de todos los siglos. Después de habernos sumido a los dos en el más profundo sueño magnético ha hecho cambiar de cuerpos nuestras almas. ¡Milagro inútil! Voy a devolveros mi cuerpo, porque Prascovia no me ama. Aun en la forma del esposo ha reconocido el alma del enamorado; su mirada ha sido tan fría en la habitación conyugal como en el jardín de la villa Salviati.

Había tal tristeza en las frases y el acento de Octavio, que el conde no pudo menos de dar fe a sus palabras.

—Yo soy un enamorado—añadió Octavio, sonriéndose—y no un ladrón; y ya que el único bien que he deseado sobre la tierra no me puede pertenecer, no veo la necesidad de conservar vuestros títulos, vuestro dinero, vuestros caballos, ni vuestras armas.

Ahora dadme el brazo, adquiramos el aire de los reconciliados, demos la gracias a nuestros testigos, llevémonos al doctor Baltasar Cherbonneau y volvamos al laboratorio mágico de donde salimos transfigurados; el viejo brahma sabrá deshacer lo que hacer supo.

—Señores—dijo Octavio, conservando por algunos minutos todavía el papel de conde Olavo Labinski—; entre mi adversario y yo han mediado explicaciones confidenciales que hacen inútil la continuación del duelo. Nada aclara tanto las ideas entre los hombres de honor como entrechocar sus aceros.

Zamoieczi y Sepúlveda subieron de nuevo a su carruaje. Alfredo Humbert y Gustavo Raimbaud entraron en su berlina. El conde Olavo Labinski, Octavio de Saville y el doctor Baltasar Cherbonneau se dirigieron a todo correr hacia la calle del Regard.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO